



ha movido á desechar las opiniones establecidas: como no le guia un conocimiento ilustrado de la doctrina que ha puesto en su lugar, no puede sufrir ningun freno y se entrega á ideas quiméricas, de las que resultan á menudo la corrupcion de los principios y la licencia de las costumbres. Así se vió en los primeros siglos de la Iglesia, á una muchedumbre de cristianos nuevos, despues de haber renunciado á su antigua creencia, adoptar las opiniones más absurdas, igualmente destructivas de toda piedad que de toda virtud, por falta de conocer bien todavía los dogmas y preceptos del cristianismo. Se vió despues á estos mismos errores proscritos disiparse por sí, á medida que los verdaderos principios de la religion se conocieron mejor y se propagaron más generalmente. Del mismo modo, algun tiempo despues que Lutero apareció, la temeridad ó ignorancia de algunos de sus discípulos les llevó á publicar máximas absurdas y perniciosas que fueron adoptadas con demasiada ligereza por hombres ignorantes, pero apasionados á todas las novedades, en un tiempo especialmente en que todos los entendimientos estaban inclinados hácia las opiniones religiosas.

Es menester atribuir á estas causas el nacimiento de las opiniones extravagantes que Muncer divulgó en el año de 1525, y los rápidos progresos que hicieron entre los aldeanos. Se sofocó al instante la sublevacion que habia excitado este fanático; pero muchos de sus sectarios se ocultaron en diferentes retiros, desde donde se esforzaron á difundir sus opiniones.

En las provincias de Alemania superior, en donde la rabia de estos fanáticos habia causado ya tantos destrozos, los magistrados vigilaron sobre ellos tan de cerca y los trataron con tanta severidad, que despues de haber castigado á algunos, desterrado á otros y forzado á un crecido número á retirarse á diversos países, se logró extirpar radicalmente sus errores. Pero en los Países-Bajos y en la Westfalia, en donde se estaba ménos alerta contra su doctrina, porque no se conocian sus arriesgadas consecuencias, se introdujeron en muchas ciudades y propagaron el contagio de sus principios. El más notable de sus dogmas religiosos con-

cernia al sacramento del Bautismo; defendian que no se debia administrarlo sino á las personas que habian tocado en la edad de la razon, y que no se necesitaba darlo por aspersion, sino por inmersión. En consecuencia, condenaban el bautismo de los niños y rebautizaban á los que entraban en su sociedad; de aquí su secta ha recibido el nombre de Anabaptistas. Esta idea particular tocante al bautismo, parecia fundada en el uso de la Iglesia en tiempo de los apóstoles, y no encerraba nada contrario á la paz y al buen orden de la sociedad; pero tenian otros principios de un entusiasmo más exaltado y mucho más peligroso. Pretendian que entre los cristianos que reconocian los preceptos del Evangelio por regla de su conducta, y el espíritu de Dios por guia, el oficio del magistrado era, no solamente inútil, mas tambien una usurpacion ilegítima sobre su libertad espiritual; que era preciso aniquilar toda distincion de nacimiento, de calidad y de fortuna, como contraria al espíritu del Evangelio, que no ve en todos los hombres sino seres iguales; que todos los cristianos deben poner en comun sus bienes y vivir juntos en aquella perfecta igualdad que conviene á los miembros de una misma familia; en fin, que la ley natural y el Nuevo Testamento, no habiendo establecido ninguna regla sobre el número de mujeres con que un hombre podia desposarse, se tenia el derecho de usar de la libertad que Dios mismo habia concedido á los antiguos patriarcas.

Semejantes principios, cundidos y sostenidos con todo el celo y audacia del fanatismo, no tardaron en producir los efectos violentos que eran consecuencia natural. Dos profetas anabaptistas, Juan Matias, panadero de Harlem, y Juan Boccold ó Beükels, oficial sastre de Leyden, poseidos de la rabia del proselitismo, establecieron su morada en Munster, ciudad imperial del primer orden, sometida á la dominacion de su obispo, pero que se gobernaba por su propiosenado y sus cónsules. Como ni uno ni otro de estos dos fanáticos carecia de los talentos necesarios para salir con su intento, su audacia, una apariencia de santidad, la pretension descubierta de estar inspirados por el Espíritu-Santo, y la facilidad y confianza para



hablar en público, todos estos medios reunidos les ganaron bien presto sectarios. De este número fueron Roman, que habia predicado al principio el protestantismo en Munster, y Cipperdoling, ciudadano de nacimiento y de gran crédito.

Envalentonados por la reputacion de estos discípulos, los jefes comenzaron á enseñar en público sus opiniones; y no contentos con esta libertad, hicieron muchas tentativas para apoderarse de la ciudad, á fin de imprimir á su doctrina el sello de la autoridad pública. Salieron mal en sus primeras tentativas; mas habiendo llamado clandestinamente á un crecido número de sus asociados esparcidos en las comarcas vecinas, se hicieron dueños por la noche del arsenal y del palacio del Senado, y se pusieron á recorrer las calles, armados de espadas desnudas, dando horribles ahullidos, y gritando alternativamente unas veces: «Arrepentíos, y sed bautizados; otras, retiraos, impíos.» Los senadores, los canónigos, la nobleza, la más sana parte de los ciudadanos católicos y protestantes, asustados de sus gritos y amenazas, se huyeron desordenadamente, y desampararon la ciudad á discrecion de esta muchedumbre frenética, compuesta de grandísimo número de extranjeros. Como no quedaba nadie en estado de contenerlos ó de imponerles respeto, trazaron el plan de un nuevo gobierno, conforme á sus extravagantes ideas. Si respetaron al principio bastante al parecer la antigua constitucion para elegir senadores de su secta, y crear cónsules á Cipperdoling y á otro de sus prosélitos, no fué sino por el estilo. Todas sus disposiciones eran dirigidas por Matias, quien tomando el tono y autoridad de profeta, dictaba sus órdenes y castigaba de muerte en el instante á los que osaban desobedecerlas. Comenzó por exhortar á la multitud á saquear las iglesias, y á destruir sus ornamentos; les mandó en seguida quemar todos los libros, como inútiles ó impíos, y no conservar sino la Biblia; confiscó los bienes de los que habian huido de la ciudad, y los vendió á los moradores de los cantones vecinos: ordenó á cada habitante traerle su oro, su plata, y todos sus efectos preciosos: depositó estas riquezas en un tesoro

público, y nombró diáconos encargados de distribuirlas para uso comun de todos. Despues de haber fundado así entre los miembros de su república una perfecta igualdad, les mandó comer juntos en mesas puestas en público, y llegó aún á arreglar los platos que se debían servir cada dia. Luégo que acabó su reforma sobre este plan, su primer cuidado fué proveer á la defensa de la ciudad; y las medidas que tomó para este efecto, mostraban una prudencia que no participaba nada del fanatismo. Formó vastos almacenes de toda especie, reparó las antiguas fortificaciones, y añadió nuevas, obligando á cada habitante sin distincion á trabajar en ellas á su turno; formó de sus discípulos buenos soldados y tropas regladas, y no perdonó á diligencia para agregar el vigor de la disciplina á la fogosidad del entusiasmo. Envió emisarios á los anabaptistas de los Países-Bajos para convidarlos á pasar á Munster, que él calificaba con el nombre de *Montaña de Sion*, á fin de salir despues de allí, decia él, para ir á someter á su poder todas las naciones de la tierra. No tomaba casi ningun descanso, y no descuidaba nada de cuanto podia servir á la seguridad ó á la propagacion de su secta; daba á sus discípulos el ejemplo de no rehusar ninguna especie de trabajo, y de soportar toda especie de privaciones. Así el entusiasmo de estos sectarios, exaltado sin cesar por una série no interrumpida de exhortaciones, de revelaciones y de profecías, los animaba á emprender todo, y todo sufrirlo en defensa de su doctrina.

En este interin el obispo de Munster habia juntado un ejército respetable, y avanzaba para sitiarse la ciudad. A su aproximacion, Matias salió de ella al frente de algunas tropas escogidas atacó á su campo, lo forzó, y despues de haberlo llenado de horrible carnicería, volvió á la ciudad, cargado de despojos y cubierto de gloria. Embriagado con este triunfo, se dejó ver al dia inmediato delante del pueblo con una lanza en la mano, y declaró que iria, á imitacion de Gedeon, con un puñado de soldados á exterminar al ejército de los impíos. Treinta personas, que él nombró, le siguieron sin titubear á esta empresa extravagante, y fueron á



precipitarse sobre los enemigos con r bia insensata. Todos fueron hechos únicos, sin que escapara uno solo. La muerte del profeta constern  el corazón de sus discípulos; más Boccold, empleando los mismos artificios y dones proféticos que habian dado tanto crédito   Matias, reanim  bien presto su valor y esperanzas, hasta el punto que le dejaron tomar el mismo carácter y la misma autoridad absoluta. Mas como carecia del denuedo audaz que distinguia   su predecesor, se content  con hacer una guerra defensiva; y sin arriesgar ninguna salida contra el enemigo, aguard  tranquilamente los socorros que esperaba de los Países-Bajos, y cuya llegada estaba vaticinada y prometida muchas veces por sus profetas. Mas sino era tan animoso como Matias, era todavía más fanático que él y de una ambicion más desmedida. Algun tiempo despues de la muerte de su predecesor, cuando hubo preparado la muchedumbre   la expectativa de un acontecimiento extraordinario por medio de visiones misteriosas y de profecias equívocas, se desnud , y corrió en carnes por las calles gritando en alta voz: «Que el reino de Sion se acercaba; que todo lo que estaba ensalzado sobre la tierra, seria abatido, y que todo lo que estaba abatido »seria ensalzado.» Para comenzar el cumplimiento de esta prediccion, mandó aterrar hasta los cimientos de las iglesias, que eran los edificios más encumbrados de la ciudad; degrad    los senadores elegidos por Matias; y destruyendo   Cipperdoling del consulado, el primer cargo de la república, lo condenó   la más vil   infame profesion,   la de verdugo, que éste acept , no sólo sin murmurar, pero con señales de la mayor alegría; y tal era el exceso del despotismo y el rigor del gobierno de este Boccold, que se llamó   Cipperdoling casi diariamente para ejercer algunas de las funciones de su horrible ministerio. En lugar de los senadores que habia depuesto, nombró doce jueces para presidir   todos los negocios,   semejanza de las doce tribus de Israel, guardando para sí la misma autoridad que Moisés gozaba antiguamente como legislador de su pueblo.

Con todo, este grado de poder y estos títulos no bastaban   la ambicion de Boccold; que-

ria la soberanía absoluta, y lo consiguió. Un profeta, á quien él habia ganado   instruido, junt  un día al pueblo, y declaró ser la voluntad de Dios que Juan Boccold fuera elegido rey de Sion y se sentara en el trono de David. Juan, arrodillándose en tierra, se resign  con humildad   la voluntad del cielo, y protest  solemnemente que se le habia anunciado ya en una revelacion. Fu  sin demora reconocido rey por esta cr dula muchedumbre, y desde entónces desplegó el aparato y pompa de la majestad.

Tenía una corona de oro y los vestidos más suntuosos. A uno de sus costados se llevaba una Biblia, y al otro una espada desnuda. Jamás se presentaba en público sin guardia numerosa. Hizo acuñar moneda con su busto, y cre  grandes oficiales de su casa y de su reino, entre los cuales Cipperdoling fué nombrado gobernador de la ciudad en recompensa del extraño último acto de de su adhesion.

Llegado   la cima del poder, Boccold principi    soltar la rienda   pasiones que habia contenido hasta all ,   que no satisfacian sino en secreto. Se ha notado en todos tiempos que los excesos del entusiasmo acompañan de ordinario al amor, y que el mismo temperamento lleva igualmente á estas dos pasiones. Boccold encargó   profetas y   doctores que arengaran al pueblo por espacio de muchos dias consecutivos acerca de la legitimidad y  n necesidad de casarse con más de una mujer; lo que pretendieron ser uno de los privilegios que Dios reserva   sus santos. Cuando hubo acostumbrado los oidos de la muchedumbre   esta doctrina licenciosa,   inflamado las imaginaciones por el atractivo de un libertinaje desenfrenado, dió el primero el ejemplo de lo que llamaba libertad cristiana, despos ndose   un tiempo con tres mujeres, de las que una era la viuda de Matias, hembra de belleza extraordinaria. Como el amor   la hermosura y el gusto   la variedad le arrastraban sin cesar, aumentó por grados el número de sus mujeres hasta catorce; mas la viuda de Matias tenia sola el título de reina y participaba con él los honores de la majestad. A ejemplo de su profeta, la muchedumbre se abandon  sin reserva   la disolucion más desaforada. No quedó un solo hombre



que se contentara con una sola esposa. Se miró como crimen no usar de la libertad cristiana. Habia gentes empleadas en buscar en las casas las doncellas casaderas y se las forzaba inmediatamente   desposarse. En seguida de la poligamia, la libertad del divorcio, que es inseparable de ella, se introdujo y se convirtió en nuevo manantial de corrupcion. Estos insensatos se precipitaron en todos los excesos de que son capaces las pasiones humanas cuando no se hallan reprimidas por la autoridad de las leyes ó por el afecto del pudor; en fin, se vió por una mezcla monstruosa y casi increible la disolucion engertada con la religion, y todos los excesos del libertinaje acompañar   las austeridades de la supersticion.

Entretanto los principes de Alemania veian con la mayor indignacion   un fanático oscuro insultar   su dignidad, usurpando con tanta insolencia los honores de la soberanía; además, las costumbres disolutas de estos sectarios eran el oprobio del cristianismo, y amotinaban   los hombres de todos estados. Lutero, que habia desaprobado su fanatismo desde el origen, lloraba entónces sus progresos; escribió con tanta acrimonia como solidez contra sus extravagancias, y exhortó vivamente   todos los Estados de Alemania   atajar el curso de una mania tan funesta   la sociedad como fatal   la religion.

El emperador se hallaba demasiado ocupado en otros asuntos y proyectos para tener tiempo de atender   un objeto tan distante de él. Mas los principes del imperio, congregados por el rey de romanos, acordaron aprontar un socorro de hombres y dinero al obispo de Munster, quien, no pudiendo mantener bastantes tropas para continuar el sitio, se ce ia   bloquear la ciudad. Las tropas que se levantaron en consecuencia de esta resolucion, se pusieron debajo del mando de un capitán experimentado, el cual se acercó   Munster   fines del año 1535, y apret  el sitio más vivamente; pero encontr  la ciudad tan bien fortificada y tan custodiada, que no se atrevió   arriesgar un asalto. Hacia ya más de quince meses que los anabaptistas habian establecido su dominacion en Munster, y durante todo éste tiempo habian aguantado

fatigas excesivas, ya en trabajar en las fortificaciones, ya en hacer el servicio militar. A pesar de los desvelos y atencion de Boccold para proporcionarse todo lo necesario para la subsistencia de los sitiados, á pesar de su economia severa y regular en la distribucion de los alimentos, comenzaba   sentir la aproximacion del hambre. Muchos destacamentos pequeños de sus hermanos, que venian de los Países-Bajos   su socorro, habian sido sorprendidos y derrotados; veian toda la Alemania aparejada   reunirse para agobiarlos, y no tenian ningun auxilio que esperar. Mas tal era el ascendiente de Boccold sobre la multitud, tales son las fuerzas y la ceguedad del fanatismo, que los anabaptistas abundaban siempre de la más viva confianza en su causa y en su celo: daban asenso con la más cr dula sencillez   las visiones y predicciones de sus profetas, quienes les aseguraban que el Todopoderoso alargaria bien pronto su brazo para libertad   su ciudad. Hubo, sin embargo, algunos cuya fe, conmovida violentamente por el rigor y larga duracion de sus padecimientos, comenzaban   vacilar; mas desde que se sospech  que tenian intencion de rendirse al enemigo, fueron castigados de muerte al instante, como reos de impiedad desconfiando de la providencia de Dios. Una de las mujeres del rey dejó escapar algunas palabras que indicaban dudar acerca de la divinidad de su mision; este impostor audaz las mandó juntarse todas al momento, y habiendo ordenado   la blasfema, este era el nombre que la di , arrodillarse, la cortó la cabeza con su propia mano. Las demás, léjos de mostrar ninguna impresion de horror   vista de esta barbarie, tomaron   Boccold por la mano, y bailaron en rueda con una alegría frenética al rededor del cadáver ensangretado de su compañera.

En el interin la hambre se aumentaba siempre, y habia reducido á los sitiados   las más crueles extremidades; pero anteponian sufrir males horribles, cuya simple narracion afligiria   las almas humanas,   aceptar las condiciones de la capitulacion, que les ofrecia el obispo.

Al cabo un desertor, que ellos habian tomado   su servicio, encontr  medio de evadirse de la ciudad; y, sea que la embriaguez del fana-



tismo se hubiese disipado, sea que no hubiese podido resistir más largo tiempo á sus padecimientos, se pasó á los sitiadores. Dió á conocer al general enemigo un costado débil que habia notado en las fortificaciones; le aseguró que los sitiados, aniquilados por la fatiga y hambre, lo custodiaban con poco cuidado, y se ofreció á guiar á un destacamento durante las tinieblas de la noche. Se admitió su proposicion y se le dió un cuerpo de las mejores tropas. Todo salió como lo habia declarado. El destacamento escalo las murallas sin ser divisado, se apoderó de una de las puertas é introdujo á lo demas del ejército. Los anabaptistas, aunque sorprendidos, se defendieron en la plaza del mercado con todo el denuedo que infunde la desesperacion; mas abrumados por el número y rodeados por todas partes, los más de ellos murieron, los otros quedaron prisioneros, y de este número fueron el rey y Cipperdoling. Boccold, cargado de cadenas y conducido de ciudad en ciudad, fué presentado como espectáculo á la curiosidad del pueblo, y expuesto á toda clase de ultrajes. Esta rara evolucion en su estrella no pareció humillarlo ni abatirlo; perseveró adherido á las máximas de su secta con firmeza inalterable; llevado en seguida á Munster, teatro de su grandeza y de sus crímenes, fué ajusticiado despues de los tormentos más largos y exquisitos, que sufrió con valentia heroica. Este hombre extraordinario, que habia tenido el arte de adquirir un imperio tan absoluto sobre los corazones de sus sectarios, y de hacer una revolucion tan peligrosa á la sociedad, rayaba apenas en los veintiseis años de edad.

El reino de los anabaptistas acabó con la vida de su monarca; mas sus principios habian echado raices profundas en los Países-Bajos, y esta secta subsiste allí todavía con el nombre de Mennonitas. Por una mudanza bien extraña, esta secta, que fué tan facciosa y tan sangui-naria en su cuna, ha degenerado en inocente y pacífica con singularidad. Dichos menonitas reputan por crimen hacer la guerra y ejercer los empleos civiles; se dedican del todo á los deberes de simples ciudadanos, y quieren, al parecer, reparar de algun modo á la socie-

dad con su industria y caridad las violencias cometidas con sus fundadores. Algunos se han domiciliado en Inglaterra y conservado las máximas antiguas de la secta acerca del bautismo, pero sin ninguna mezcla peligrosa de fanatismo.

Aunque la sublevacion de los anabaptistas hubiese llamado la atencion general, no ocupó, sin embargo, bastante á los príncipes de Alemania para estorbarles pensar en sus intereses políticos. La alianza secreta que se habia formado entre el rey de Francia y los confederados de Smalkalde, comenzó hácia este tiempo á producir grandes efectos. Ulric, duque de Wirtemberg, habiendo sido arrojado de sus Estados en 1519 por sus propios súbditos, rebelados por las violencias y opresion que ejercia sobre ellos, la casa de Austria se habia posesionado de este ducado.

Dicho príncipe, despues de haber expiado con un largo destierro las faltas que eran más bien efecto de su inexperiencia que de un carácter tiránico, habia degenerado al fin en objeto de compasion general. El landgrave de Hesse, con particularidad, su pariente cercano, abrazó con la mayor viveza sus intereses y empleó todos los medios posibles para hacerle restituirle la herencia de sus padres; mas el rey de romanos rehusó constantemente desprenderse de una rica provincia, cuya adquisicion habia costado tan poco á su familia. El landgrave, demasiado endeble para recobrar á Wirtemberg por la fuerza de las armas, acudió al rey de Francia, su nuevo aliado. Francisco, no buscando sino la ocasion de mover estorbos á la casa de Austria, tenia ardiente deseo de quitarla un territorio que la daba influjo en una parte de Alemania muy remota de sus Estados, y la ponía á tiro de dominar en ella; alentó al landgrave á armarse, y le suministró en secreto una cantidad gruesa. El landgrave, habiendo levantado tropas, marchó en diligencia á Wirtemberg, atacó, derrotó y dispersó á un cuerpo respetable de austriacos que guardaba este país. Todos los súbditos del duque recibieron á porfia á su príncipe natural y le volvieron con alegría la autoridad soberana, que gozan todavía hoy dia sus descendien-



tes. El ejercicio de la religion protestante se estableció al mismo tiempo en sus Estados.

Por sensible que fuese á Fernando este golpe imprevisto, no se atrevió á acometer á un príncipe á quien todo el partido protestante se disponia á defender; y juzgó que era más prudente concluir un tratado por el cual reconociera del modo más solemne los derechos de Ulrico al ducado de Wirtemberg. Convencido por el buen logro de las operaciones del landgrave en favor del duque de Wirtemberg, que era preciso evitar con el mayor cuidado todo rompimiento con una liga tan formidable como la de Smalkalde, entró asimismo en negociacion con el elector de Sajonia, jefe de ella; y mediante algunas concesiones en favor de la religion protestante, consiguió hacerse reconocer rey de romanos por el elector y los confederados. Mas para prevenir en adelante una eleccion tan precipitada é irregular como habia sido la de Fernando, se convino en que nadie sería ensalzado en lo venidero á esta dignidad sino por el consentimiento unánime de los electores, artículo que el emperador confirmó poco despues. Esta indulgencia con los protestantes y la estrecha union que el rey de romanos comenzaba á formar con los príncipes de este partido, desagradaron mucho á la córte de Roma. Pablo III no habia adoptado la resolucion de su predecesor de no consentir jamás en la convocacion de un concilio general: áun habia prometido en el primer consistorio inmediato á su eleccion congregarse esta asamblea, que deseaba toda la cristiandad; mas estaba tan irritado como Clemente por las innovaciones de Alemania, y no estaba ménos distante de aprobar ningun plan para reformar la doctrina de la Iglesia y los abusos de la córte de Roma.

Tan sólo como habia sido testigo de la censura universal que Clemente se habia atraído por su obstinacion en eludir la congregacion de un concilio, esperaba libertarse de la misma nota, afectando proponerle de por sí con instancias, bien convencido de que se originarian siempre bastantes dificultades sobre el tiempo y lugar de esta congregacion, sobre las personas con derecho á asistir á ella, y sobre la for-

ma con que se debia proceder allí para frustrar la intencion de los que la pedian, sin arriesgarse á la tacha que no dejarían de ponerle, si rehusaba consentir en el clamor general. Lleno de esta confianza, diputó nuncios á las diferentes Córtes para participarlas sus intenciones y comunicarlas que habia elegido á Mantua como el paraje más propio para la celebracion del concilio. Las dificultades que el papa habia previsto, ocurrieron de tropel. El rey de Francia desaprobó la eleccion del papa á título de que él y el emperador tendrían demasiada autoridad en una ciudad sita en esta parte de Italia. El rey de Inglaterra se reunió á Francisco, y opuso la misma objecion; declaró además que no reconoceria ningun concilio citado en nombre y por autoridad del papa. Los protestantes de Alemania, juntados en Smalkalde, insistieron en su primera proposicion, y pidieron que el concilio se celebrara en Alemania: se fundaban en la promesa del emperador y en la resolucion que se habia tomado en la dieta de Ratisbona, y declararon que no mirarian la asamblea de Mantua como un concilio legal tenido en plena libertad y representando verdaderamente á la Iglesia. Esta diversidad de pareceres y de intereses abrió un campo tan vasto á las intrigas y negociaciones, que fué fácil al papa hacerse un mérito de su fingida diligencia en llamar á este concilio, cuya convocacion se esforzaba él todo lo posible á alejar. Los protestantes, sospechando por otro lado sus designios y conociendo la fuerza que les daba su union, renovaron por diez años la liga de Smalkalde, que se hizo mucho más formidable y poderosa con la accesion de muchos nuevos miembros.

En esta época fué cuando el emperador tomó á su cargo su famosa expedicion contra los piratas de Africa. La parte del continente de Africa á la orilla de las costas del Mediterráneo y que formaba en lo antiguo la república de Cartago y los reinos de Mauritania y de Massylla, es conocida hoy con el nombre general de Berbería. Este país habia sufrido muchas revoluciones: sojuzgado por los romanos, fué al principio una provincia de su imperio; lo conquistaron despues los vándalos, quienes fundaron un reino, habiéndolo destruido Beli-